

HEMEROTECA PROVINCIAL
SOFIA MORENO GARRIDO
ALMERIA

NUMERO 41

La Opinión

SEMANARIO INDEPENDIENTE
DEDICADO A LOS ASUNTOS MINEROS Y LOCALES

DIRECTOR: SERAFIN CAMPOY CAMPOY

CUEVAS
6 DE ABRIL DE 1906

SUSCRIPCIÓN: 50 céntimos de peseta al mes.
ANUNCIOS: a precios convencionales.
REDACCIÓN: Administración y Talleres
calle de la Observación número 10

AÑO I. NÚM. 7.

¡Qué error!

¡Qué error, grande, evidente, manifiesto, es el que han cometido los señores que, preguntado, por la primera autoridad civil, de la provincia acerca del estado de nuestros campos después de las crecientes lluvias, han contestado que según leímos días pasados en nuestro respetable colega de Almería, "La Crónica Meridional", que estas podrían remediar la honda y angustiosa crisis que atraviesa nuestra provincia, que es bastante para asegurar en la provincia la cosecha de cereales.

No, los que eso han dicho, los señores que eso han informado, ó han juzgado del estado general de la provincia por una determinada y pequeña localidad de aquella, ó no saben de cuestiones agrícolas más que nosotros del chírido ó del sahscrilo de los cuales idiomas ni una letra conocemos.

Que las últimas lluvias son bastantes para asegurar la actual cosecha de cereales en la provincia de Almería. ¡Qué error! ¡Qué enorme y manifiesto error!

No, señor Gobernador. No, señores que tal enormidad habeis dicho, nosotros, y cien veces no.

Situada nuestra provincia en la parte meridional de la meridional península ibérica; con un suelo, por lo general, accidentado, desnudo de vegetación y compuesto, como suelen ser nuestros labradores, de tierra ligera y con un cielo siempre azul y con un viento expedito, despiadadamente mandado, necesitase aquí más aun que en otras partes, de lluvias fres-

cas y tempranas, que contrarrestando la desesperante eficacia de los abrasadores rayos del Sol, mantengan la humedad en nuestras tierras y den a los sembreros condiciones de viabilidad y subsistencia.

¿Y cuando cayeron aquí esas lluvias en el presente año? ¿Cual ha sido la cantidad de agua que en el actual año agrícola ha caído sobre nuestros campos? ¿Cual era la situación de estos al caer sobre ellos esas últimas y escasas lluvias tan trascendentalmente, tan decisivamente beneficiosas, en sentir de esos entendidos informantes, para nuestras sedientas tierras y nuestras ya casi agostadas cosechas? ¿O es que esos señores entienden que basta con que se nubla el cielo de cuando en cuando y refresque ligeramente una vez al año la superficie del suelo un tenue rocío, y hasta, si se quiere, que se ensucien de barro las calles de la capital, para que las cosechas se salven y nuestros labradores llenen de granos los trojes de sus graneros?

¡Qué error! ¡Qué enorme y manifiesto error!

No, señor Gobernador. Las tardías y escasas lluvias caídas estos días sobre nuestras abrasadas tierras, ni son bastantes para salvar de la muerte la presente cosecha, ni, estamos por decir, pueden servir, desde ese punto de vista, para otra cosa que para hacer más desesperante la ya desesperante situación de nuestros labradores, a la manera que el murmullo de la cristalina fuente, hasta la cual no es lícito llegar al sediento, solo sirve para aumentar su sed y avivar más sus ansias de la fresca y codiciada agua.

Por el abismo

A mi querido amigo Juan de la Cruz Soler

Grandes elogios tributados a la instalación mecánica de desagüe de sierra Almagrera me determinaron a ir al Ardeal para contemplar esta gran obra de ingeniería.

Al borde del pozo, Encarnación esperaba el ascensor, que ocupé con un amigo y un obrero provisto de un candil. Hecha la señal de partida descendí rápidamente, sintiendo emoción inesplicable mezcla de ansiedad y temor. A los pocos segundos dejó de oírse el rumor de voces de las personas que quedaron arriba, no queriendo arriesgarse en un viaje por lo desconocido, desapareció la luz que entra por el alto arco de la capataz que cubre el pozo, y solo oímos sordo rumor como el girar de una polea mientras que a la luz ambiente del candil minero veíamos ascender vertiginosamente las hendiduras del revestimiento de aquel agujero de doscientos cincuenta metros de profundidad.

Perdibimos tenue y pasajera claridad al cruzar a mitad de profundidad un socavón de anteriores labores, y oímos asustadosos ruidos que aumentaban a medida del descenso. Confieso que me sentí aprehendido y exclamé para mí: ¡Gran Dios! ¿dónde voy!

Para el ascenso vimos hallar unos diez metros de anchura y altura